

ISSN 0328-9478

Cuadernos de Antropología

Segunda Época | Número Especial | 2012

Antropología rural

PABLO QUINTERO
Compilador



Programa de Arqueología Histórica y Estudios Pluridisciplinarios
(PROARHEP)

Departamento de Ciencias Sociales
Universidad Nacional de Luján

ANTROPOLOGÍA RURAL: ORÍGENES, DESPLAZAMIENTOS Y APERTURAS

Pablo QUINTERO*

Ha transcurrido ya más de medio siglo desde la conformación de un campo de producción teórica e investigativa abocado al estudio del mundo rural, en tanto espacio geográfico diferenciado y específico, que se supone mantiene relaciones económicas y socioculturales particulares, disímiles e incluso contradictorias con el mundo urbano. Como lo anota Raymond Williams (2001), es probable que esta distinción se haya brocado en los imaginarios sociales modernos a partir de la revolución industrial, y de las amplias transformaciones que a consecuencia de ella comienzan a gestarse tanto en el campo como en las ciudades. Si bien la expansión urbana es un fenómeno general que puede rastrearse al menos a fines del siglo XVI, la configuración ontológica en el episteme moderno de lo “rural” parece acometerse en el siglo XVIII. Entre la melancolía de la vida campestre perdida y los cada vez más imperantes requerimientos del capital para volver “productivo” al campo, los sentidos del mundo rural parecieran haber navegado por esa corriente paradójica que empero circunscribía al mundo rural una caracterización inequívoca. Según esta idea, el campo, lo rural representa un espacio cercano a la vida natural, de cierta inocencia romántica, acompañada por una cotidianidad simple, sin el traqueteo de la vida moderna citadina, y al parecer apartado de las transformaciones frecuentes de la urbanidad. El mundo de lo rural sería así el espacio especulativo de lo tradicional y lo folk, cuando no de lo atrasado y lo perenne.

No parece casual que una disciplina como la moderna antropología se haya interesado por este mundo rural. Como se sabe, la conformación de las ciencias sociales a mediados del siglo XIX formó parte del proceso de reconstitución de los saberes modernos, cimentándose sobre la elaboración de unidades ontológicas supuestamente separadas e

* Instituto de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires / Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Correo electrónico: pquintero@filo.uba.ar

incluso opuestas entre sí (Lander 2000). De esta forma, se organizaron campos de saberes especializados encargados del estudio de la sociedad, la economía, la política, la cultura. Pero esta división implicó a su vez la clasificación social global de la población mundial y una geopolítica que administraría la puesta en práctica de esos saberes. En este escenario, el objeto de la antropología, la ciencia de la cultura, quedó circunscrito al estudio de las poblaciones tradicionales de las sociedades colonizadas, cuyo examen se suponía que podía arrojar luces acerca del pasado de las "sociedades modernas". Según esta racionalidad, dichas poblaciones eran contemporáneas en el espacio más no en el tiempo: a pesar de que habitaban muchas áreas del planeta y podían ser estudiadas por los antropólogos *in situ*, el modo de vida de estas agrupaciones humanas no correspondía con las disposiciones de la vida moderna, por ende se daba por hecho que estaban desfasadas en el tiempo. El antropólogo holandés Johannes Fabian (1983) denominó como *negación de la simultaneidad* a esta tendencia sistemática y permanente de ubicar a los objetos de estudio de la antropología en un tiempo pretérito al presente del productor del discurso antropológico. Estas figuraciones no representan exclusivamente una añeja herencia, sino que constituyen parte de las bases y de las disposiciones fundamentales de la antropología.

Pero a pesar de lo que podría pensarse espontáneamente a partir de lo anterior, el interés de la antropología por el mundo rural, y más específicamente por las poblaciones rurales tradicionales, o sea, por el campesinado, podría decirse que es reciente. Ya que la distinción de sociedades campesinas como objeto de estudio de la antropología data de la segunda postguerra. Si bien algunos estudios pioneros son anteriores, como los de Robert Redfield y las investigaciones que a través del departamento de antropología de la Universidad de Chicago él mismo dirigió en la península de Yucatán en México. La difusión de las elaboraciones de Redfield prontamente colaboraron en la instalación de ciertos dispositivos analíticos sobre el campesinado, especialmente su concepción de la *comunidad folk* alimentó los imaginarios sobre las comunidades campesinas como agrupaciones homogéneas, cerradas, estáticas e incluso apartadas de la vida moderna. Probablemente esta fue la imagen dominante sobre campesinado en la antropología, al menos hasta el célebre debate entre Robert Redfield y Oscar Lewis, que comenzó a resquebrajar los cimientos de estas concepciones.

Como una respuesta crítica a estas tendencias dominantes en la antropología y la sociología de la época, un proyecto de investigación desarrollado a principios de 1950 bajo la tutela de Julian Steward, y con la participación de nombres como Eric Wolf, Elman Service, Sidney Mintz y Robert Manners, se propuso estudiar el cambio en las comunidades campesinas de Puerto Rico en la relación con el mercado capitalista y lo que hoy llamaríamos la sociedad global. El Proyecto Puerto Rico, redimensionó los preceptos del estudio del campesinado y del mundo rural en general. Estas poblaciones sin embargo continuaron siendo poco estudiadas por la antropología, aún férreamente unida al estudio de las sociedades tradicionales definidas en términos de etnicidad. ¿Pero acaso esas poblaciones que habitaban las vastas zonas rurales carecían de etnicidad? Aquí subyace una interesante tensión en la definición de los objetos de estudio de la antropología ¿por qué el campesinado no era estudiado de la misma forma que las etnias? Eric Wolf, brinda la respuesta en uno de sus primeros textos (más no en el más representativo de lo que luego sería su perspectiva epistémica), para Wolf (1966: 5) “[el campesinado] son amplios sectores de la humanidad que se encuentran entre la tribu primitiva y la sociedad industrial. Esas poblaciones que abarcan muchos millones de individuos, ni primitivos ni modernos, constituyen la mayor parte de la humanidad”

Es claro que la justificación del estudio del campesinado no podría ser algo meramente cuantitativo, el interés por el campesinado, estaba además definido por este espacio intersticial de “desarrollo” de las sociedades humanas, a medio camino entre las etnias primitivas y la sociedad moderna. A pesar de las taras de esta idea, emprendimientos investigativos como los de Wolf, lograron desplazar el estudio del campesinado como *little community* a la exploración de estas poblaciones como conjuntos actuantes dentro de procesos mundiales, donde diferentes fuerzas y agentes se relacionaban con estas poblaciones y de hecho intervenían fuertemente en sus dinámicas. En América Latina, el desplazamiento de la “antropología rural” hacia estos nuevos derroteros fue particularmente importante sobre todo en las sociedades nacionales en donde el campesinado había sido una de las fuerza sociales más importantes de su historia política (como en México y en Bolivia), donde los conflictos por la tierra fueron el drama de la mayoría de la población nacional (como en Colombia y en el Perú), o en países como la Argentina y Brasil que por largos períodos representaron reservorios de

producción agrícola para el mercado mundial. En los países donde el proceso de descampesinización fue acelerado y abrupto (como en Venezuela y en Chile) las reflexiones sobre el mundo rural y sobre el campesinado quedaron relegadas al olvido; en algunos casos la desintegración de la vida agraria fue motivo explícito de la celebración modernista, incluyendo derechas e izquierdas.

Lo cierto es que el estudio del mundo rural se convirtió en un profundo tema de investigación y debate en América Latina al menos desde mediados de la década de 1960, impulsada también por el auge de la teoría de la dependencia y de los estudios sobre colonialismo interno. Investigadores como Rodolfo Stavenhagen, Pablo González Casanova, Aníbal Quijano, Orlando Fals Borda, Antonio García, Miguel Murmis, Leopoldo Bartolomé y Osvaldo Barsky, son sólo algunos de los nombres que participaron desde esa época en la formación de un campo interdisciplinario interesado en el estudio de gran parte de la población latinoamericana. A pesar de las divergentes disciplinas que se concatenaron en estos emprendimientos la antropología tuvo una fuerte presencia, debido a la utilización cada vez más presente del método etnográfico, como herramienta de los estudios sobre ruralidad. Estos estudios se concentraron en un primer momento en el análisis de las estructuras sociales y productivas del campesinado y sus dinámicas de relación con la sociedad general, decantándose posteriormente por el estudio de los procesos de descampesinización y desfragmentación del mundo rural. Paralelo a estos debates se irguió además el interés por caracterizar y tipologizar al campesinado. Esta temática, que ya había sido emprendida por Eric Wolf, comenzó a ocupar gran parte del debate sobre los estudios rurales e incluso llegó a representar una verdadera obsesión por definir qué y quiénes eran el campesinado, y quienes no, a través del uso de diversos criterios de demarcación como las características de la unidad doméstica, la presencia o no de acumulación de capital, las pautas tecnológicas y productivas, la identidad social, entre otras variables.

No obstante, los férreos impactos de la re-expansión capitalista y de los procesos de re-constitución del mercado mundial, que comenzaron a pulular en los debates académicos y de la opinión pública en general bajo el epítome de “globalización”, paulatinamente dejaron a un lado parte de los antiguos debates, en pos de explorar la configuración de estos procesos y sus consecuencias para el mundo rural y sus poblacio-

nes. Lo que vino a llamarse *nueva ruralidad*, ha representado una alternativa conceptual para estos procesos de profundos cambios en unas zonas rurales ya arrasadas por las tendencias más perversas del capitalismo moderno/colonial. Pero la re-expansión capitalista hacia el mercado de la producción agraria de alimentos que comienza a gestarse a principios de los años 1980 exacerbará algunas de esas tendencias (Teubal 2001).

Ya en los años 1970 Estados Unidos comenzará a ejercer una estrategia de apropiación y control de la producción agropecuaria y agroindustrial a partir del favorecimiento de la conformación de corporaciones transnacionales acompañada por políticas aduaneras y de subsidios a la producción agrícola en el país. Bajo el marco de la revolución verde y las políticas de ayuda humanitaria, las compañías comienzan a exportar alimentos en grandes cantidades y a llenar los mercados del “tercer mundo” con productos alimenticios que a pesar de su origen podían adquirirse por precios más bajos que los producidos en los países receptores. Los subsidios a las megacompresas permitían vender las mercancías agroindustriales por debajo del costo de producción de los alimentos locales. Este fenómeno denominado *dumping*, comenzó a socavar las economías agrarias nacionales hasta la puesta en práctica de restricciones aduaneras por parte de los países del “tercer mundo”. Pero además de las añejas prácticas de presión internacional, sobre todo por la vía de las impagables deudas externas, Estados Unidos y parte de Europa occidental que también estaba participando en el negocio con sus propias corporaciones, comienzan a diseñar nuevos instrumentos para el gobierno global del mercado capitalista. El antiguo *Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio* (GATT por sus siglas en inglés), sería reactualizado a través de la creación de la *Organización Mundial de Comercio* durante la larga Ronda de Uruguay. Esta institución de gobierno global del mercado capitalista impediría a la postre las regulaciones prohibitivas e impositivas a las importaciones abogando por el libre mercado, lo que claramente ha traído como consecuencias la profundización de la dependencia económica de los países periféricos. Hay que sumar a esto la fundación del *Tratado de Libre Comercio de América del Norte* firmado entre México, Estados Unidos y Canadá, que ha tenido consecuencias gravísimas para el agro mexicano, y deben considerarse también los diferentes tratados bilaterales de libre comercio entre Estados Unidos y una decena de países de América Latina y el Caribe. De-

ben ser mencionados también los intentos fracasados del *Acuerdo Multilateral del Inversiones*, y para el caso latinoamericano del *Área de Libre Comercio de las Américas*, ambos proyectados durante la década de 1990.

En consecuencia, estas políticas que afectan la economía mundial han impactado profundamente en el campo latinoamericano ocasionando serios resultados: a) Por los patrones de siembra actuales los suelos se desgastan cada vez con mayor rapidez y las empresas requieren de nuevos territorios productivos, esto origina la recrudescencia de los históricos conflictos por la tierra entre fracciones del capital, por lo general con la venia de los Estados en contra de las poblaciones rurales, sean estos campesinos, indígenas o afrodescendientes; b) La precarización del trabajo rural y las consecuencias que esto conlleva en el modo de vida de estas poblaciones; c) Lo anterior ha impactado a su vez en la explosión migratoria del campo hacia las ciudades latinoamericanas y en algunos casos al cruce de fronteras buscando mejores oportunidades de subsistencia; d) La subsecuente monopolización de territorios y paquetes tecnológicos que condicionan la producción de alimentos en función de los requerimientos del mercado mundial, en la mayoría de los países América Latina esto ha generado la proliferación de "productos de lujo" y el decaimiento de la producción de cereales, que como se sabe representa un alimento básico para cualquier población; e) La reducción de la biodiversidad genética a partir de los patrones producción y consumo, impuestos por el mercado internacional y las compañías agroindustriales transnacionales derivado de la monopolización ya mencionada, en la actualidad sólo cinco compañías controlan más del 88% del comercio mundial de granos, por mencionar sólo un ejemplo; f) A raíz de los puntos anteriores la reemergencia y explosión de los movimientos sociales ligados al mundo rural por la defensa del territorio, la autonomía y la vida.

Bajo este panorama se vislumbra que el escenario de la ruralidad y sus actores ha cambiado con la profundización de las crisis. La antropología rural de hoy, está preocupada por estas tendencias y sus investigaciones recientes parecieran estar lejos de considerar a las poblaciones rurales como un escalón intermedio entre la modernidad y la tradición. El espacio rural atravesado por estas actuales tendencias del capitalismo, se yergue como un espacio fundamental en donde están al mismo tiempo apareciendo y re-expandiéndose nuevos horizontes de sentidos y prácticas de subversión del orden capitalista, así como se ha expandi-

do la pobreza también se han difuminado las estrategias y las estructuras de sobrevivencia de los mismos que apelan en algunos casos a praxis no capitalistas (Quijano 1998).

El dossier que presenta esta edición de *Cuadernos de Antropología*, procura por un lado dar continuidad a algunos de los debates recientes en el campo de antropología rural, y al mismo tiempo intenta ejemplificar a donde apuntan hoy los estudios de este campo. Por ende, los artículos reunidos en este número se centran en la exploración de algunos de los fenómenos más relevantes para las zonas rurales y sus poblaciones, a saber: la expansión capitalista y los conflictos socioeconómicos que ella necesariamente conlleva (Braucevic), la conflictividad social producida por la expropiación de la naturaleza (Fleitas y Paz), la resistencia de los movimientos campesinos frente a estos procesos en curso (Rincón), las heterogéneas relaciones entre los movimientos campesinos y el Estado dentro de la actual coyuntura política latinoamericana (Settembrino), la implementación de políticas de desarrollo rural y sus consecuencias para los productores agrícolas (Landaburu), y finalmente el espejismo del desarrollo y la necesidad de examinarlo y desbaratarlo desde una crítica antropológica radical (Quintero). Como se verá, los estudios de caso presentados en este volumen tienen además la cualidad de explorar los procesos mencionados en la Argentina, en Colombia y en Venezuela, brindando un panorama de amplio alcance.

Bibliografía

- Fabian, J. 1983. *The time and the other. How anthropology makes its objects*. Columbia University Press, Nueva York.
- Lander, E. 2000. Ciencias sociales: saberes coloniales y eurocéntricos. *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales* (E. Lander). CLACSO, Buenos Aires, pp. 11-40.
- Quijano, A. 1998. *La economía popular y sus caminos en América Latina*. Mosca Azul Editores, Lima.
- Redfield, R. 1941. *The folk culture of Yucatán*. Chicago University Press, Chicago.
- Teubal, M. 2001. Globalización y nueva ruralidad en América Latina. *¿Una nueva ruralidad en América Latina?* (N. Giarracca). CLACSO, Buenos Aires, pp. 45-65.
- Williams, R. 2001. *El campo y la ciudad*. Editorial Paidós, Buenos Aires.
- Wolf, E. 1966. *Los campesinos*. Editorial Labor, Barcelona.